

Un cuerpo de mujer estaba tendido sobre unos petates sucios y ensangrentados.

El soldado se aproximó a la infeliz para anunciarle que allí estaba el hombre que anhelaba.

—¡Dios mío!—exclamó asustado al verla.

—¿Qué ha sucedido?

Un ¡ay! lastimero y moribundo contestó a la pregunta de Rafael.

Este se inclinó sobre el cuerpo que se hallaba empapado en sangre.

Le quitó el pañuelo que cubría el rostro.

Fijó la vista en él, y dejó escapar una exclamación de asombro.

¿Qué había visto?

¿Quién era aquella mujer?

## CAPITULO VI

### La enferma del corazón

Dejemos por un momento a Rafael sorprendido a la vista del helado cuerpo de la desgraciada cantinera, y trasladémonos a otro sitio donde nos esperan otros personajes de nuestra historia.

Hace algunos días que Clotilde no sale de su alcoba.

Retirada en Texcoco, sin poder marchar a la capital, a causa de la revolución de Polkos y Puros, que continuaba teniendo a la población en incesante alarma, los días eran para ella otros tantos siglos de amargura y de lágrimas.

Sabía que Leopoldo, el objeto de todo su cariño, de todo su amor, había tomado parte en aquel pronunciamiento, y temía por su vida.

La infeliz carecía de noticias suyas, y su espíritu, alarmado de continuo con el temor de la muerte de su amante, aumentaba su tristeza y destruía más y más su delicada salud.

Cada cañonazo, cada tiro de fusil que salía de las filas contrarias, le parecía que estaba destinado a destrozar el pecho del único hombre que amaba sobre la tierra.

Clotilde era una de esas jóvenes de naturaleza tierna y sensibles, flores brillantes que viven con el sol, que se descoloran, se inclinan sobre el tallo, palidecen y mueren con su ausencia.

Desde que don Emilio le dijo que era preciso renunciar

a las dulces ilusiones inspiradas por el sér que era el imán de todas sus ideas, la infeliz cayó en aquel profundo abatimiento que iba apagando poco a poco su vida, como se extingue la luz de las estrellas al anuncio de la tempestad que vela la esplendente bóveda del cielo.

Cierto es que la esperanza, esa dulce amiga del hombre desgraciado, revivió de nuevo en su corazón virginal al escuchar de los labios de don Emilio palabras que le hacían entrever un porvenir de gloria y de ventura, si por fortuna llegaba a resplandecer puro y sin mancha el honor del padre de Leopoldo; pero a esa esperanza se asociaba el temor que le inspiraba la presencia constante de Duval, la íntima amistad que le dispensaba su protector, y la inquietud de que triunfasen sus negras maquinaciones de la verdad y de la honradez que militaban en pro de su sensible amante.

Leopoldo estaba ausente, no podía acercarse a ella ínterin la honra del autor de sus días permaneciese empañada por la calumnia; Duval, por el contrario, estaba a todas horas a su lado, mortificándola con su amor, robusteciendo en don Emilio, con nuevas calumnias, la idea de infamia contra el padre de su rival, destruyendo con bajas adulaciones y argumentos hipócritas, las razones que el anciano don Manuel exponía para creer en la inocencia de Cabrera, y alejando de esta manera el momento del triunfo de la verdad sobre la mentira.

Landeta no dudaba de la sinceridad del antiguo principal de Núñez; pero sí temía, porque así se lo había hecho sospechar Duval, que, llevado de los sentimientos de su noble corazón, podía haberse inclinado a creer en la inocencia del padre de Leopoldo, llevándole aquel noble sentimiento, hasta preocuparle con que había encontrado en México al verdadero criminal. Las señas, en efecto, como tuvo buen cuidado Duval de hacerle notar, no correspondían con las del que se presentó a cobrar las libranzas en Guadalajara. Landeta, pues, esperó a que, terminada la revolución de México, don Manuel le hiciese conocer al hombre que decía era criminal; y como Duval se creía ya seguro de que no podía ser denunciado, trabajaba activamente por hacer pasar como un delirio el aserto de don Manuel.

Clotilde, pues, veía alejarse la esperanza que apenas veía una débil luz en el acongojado corazón de la hermosa. Aquella débil luz de la esperanza era la lámpara que ago-

niza en medio de las sombras que proyectan las altas paredes de un inmenso cuarto.

Don Emilio que, engañado por el infame doctor, había concebido lisonjeras esperanzas respecto a que los aires de Texcoco devolverían a su hija la quebrantada salud, la vió empeorarse día a día, y alarmado por esta circunstancia anhelaba que terminase la revolución para volverla a llevar a México.

Pero esto precisamente era lo que no quería Willey, y lo que temía Duval.

El primero, cuyo pensamiento dominante era el de marchar a Europa antes de que la justicia llegase a descubrir la vida que habían llevado, indicó a Landeta un medio que dijo juzgaba daría el resultado de volver la salud a Clotilde.

Aquel medio era que hiciese un viaje a Italia con su protegida, donde la vista de nuevos objetos, los salutíferos aires que respiraría, la admiración de las diversas costumbres y los animados paseos, le proporcionarían una no interrumpida distracción, tan indispensable para curar su enfermedad.

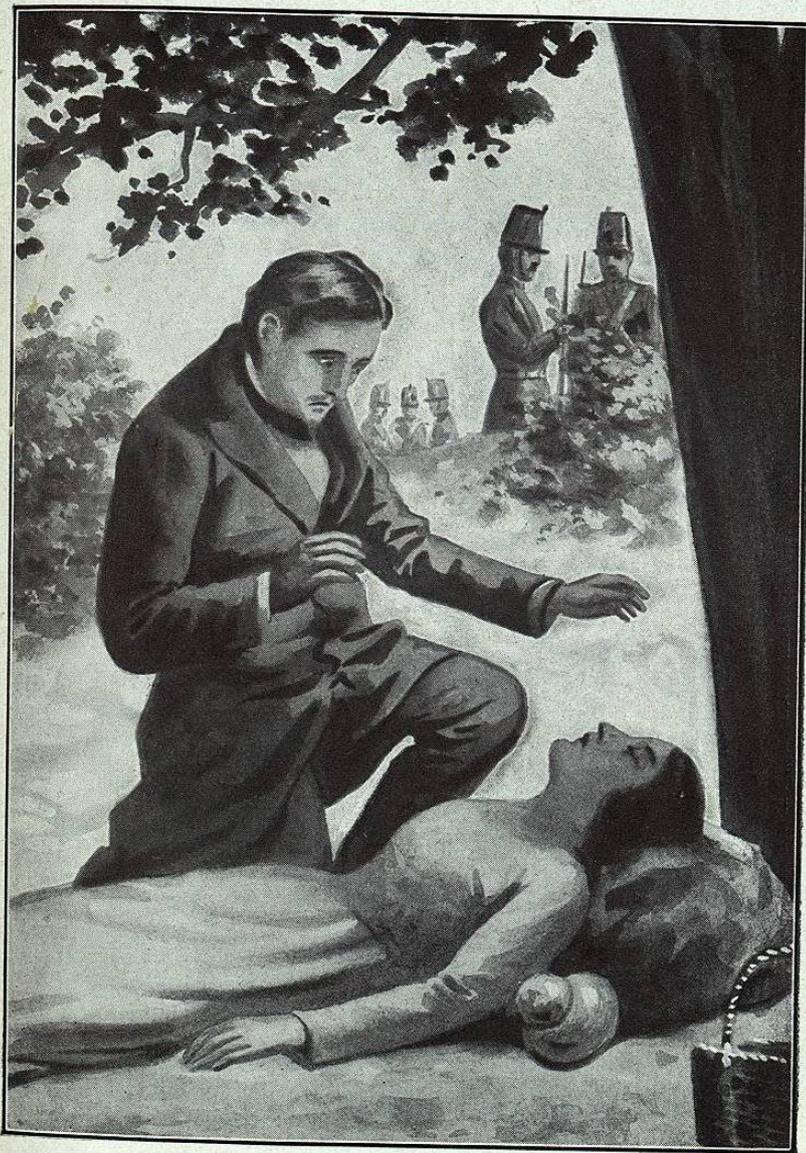
Tanto y tantas veces le repitió esto, y tanto le hizo creer que con este viaje se alcanzaría lo que las medicinas era imposible lograrasen mientras estuviese cerca del hombre que amaba, que don Emilio, inclinado a la vez a visitar un país del que tan bellas descripciones le hacía Willey, se resolvió al fin a verificarlo, siempre que no encontrase en Clotilde una tenaz resistencia.

Para que nada se temiese en la navegación con respecto a la salud de Clotilde, el doctor se ofreció acompañarlos para aplicarle las medicinas más convenientes, y ofreció que Duval marcharía con ellos, pues abrigaba la esperanza de que la ausencia haría a Clotilde sintiese mitigarse su pasión hacia Leopoldo, y premiar el afán y el amor a un hombre que no había excusado sacrificio alguno para hacerse digno de alcanzar su mano.

Landeta, que no veía ni ansiaba otra cosa que la salud de su hija, convino en todo, y animado de las más lisonjeras esperanzas, penetró en la alcoba de su triste protegida, quien con la dulzura y el cariño paternal más intenso, le expuso lo que había pensado.

Clotilde sintió que el frío de la muerte discurría por sus delicados miembros, y se estremeció de espanto al escuchar aquella fatal nueva.

—No, padre mío —exclamó inquieta y sobresaltada la



... dejó escapar una exclamación de asombro.

joven—. Prefiero la muerte, a ese largo y penoso viaje. ¡Ah!, si es cierto que me ama usted..., si es cierto que no he desmerecido su cariño..., que aprecia mi vida..., yo le ruego a usted que no me arranque del país en que he nacido y en el que quiero que descansen mis cenizas.

—¿Dudas que lo hago por tu bien, que lo hago por salvarte, porque recobres la salud y la alegría, porque dejes de sufrir y padecer?

—No, no dudo que le guía a usted el deseo de mi felicidad; pero el resultado sería contrario a ese deseo. Sí, padre mío, contrario. En vano se trasplantaría a otro terreno la flor en cuyo corazón se oculta el gusano que la corroe... Moriría sin remedio. Los males del alma no se curan con el cambio de clima, y los míos están encarnados en ella. Usted lo sabe, padre mío...; usted lo sabe mejor que nadie...; usted, que lleno de bondad y de amor hacia mí, suspendió el fatal enlace que hubiera sido el martirio constante de toda mi vida... ¡Ah! ¿qué querrá usted hoy..., hoy que está ya próxima la declaración de la inocencia o de la criminalidad del padre de Leopoldo; cuando ese venerable anciano es íntimo y antiguo amigo de don Manuel, le ha asegurado que era inocente destruir la esperanza que me alimentaba, y alejarme a dos mil leguas del hombre a quien ha prometido usted mi mano, si el sol de la verdad desvanece la mancha que la calumnia echó sobre el honor de su familia? No; eso es imposible... Usted no puede obrar en contradicción abierta con su palabra... No; su corazón de usted es demasiado noble para cometer un acto de injusticia. Le prometí a usted unirme al hombre que no he amado antes, que no amo ahora, que no podré amar nunca, si no queda limpio el apellido de Cabrera y estoy dispuesta, resignada, a consumir el sacrificio, sin pronunciar una queja, sin exhalar un suspiro. ¿Por qué, pues, no se me ha de conceder el derecho de esperar cerca del hombre que amo, la solución de este asunto, del que aguardo la felicidad de toda mi vida, el restablecimiento de mi salud y la dicha suprema en este mundo?

—No; yo no pretendo faltar a mis compromisos. Mi deseo no es otro que el de distraerse viajando y recobrando tu salud, lo que esperamos aquí mirándote sufrir y temiéndote por tu vida.

—¡Y usted cree que viajando la recobraría!—dijo Clo-

tilde con débil acento, y dejando asomar a sus labios una leve sonrisa de incredulidad.

—Al menos me han hecho concebir lisonjeras esperanzas por creerlo así.

—¡Esperanzas que se desvanecerían como el humo!

—No, hija mía.

—¿Y quién ha podido inspirárselas a usted?

—Tu médico.

—¡El doctor Willey!—dijo la joven con aire despreciativo.

—¿Dudas de su ciencia?

—La ciencia es impotente para hacer corazones: todos los sabios del mundo no podrán darme otro del que tengo.

—Pero sí conocer sus males y el remedio para curarlos.

Clotilde movió lánguidamente la cabeza indicando duda.

—¿No tienes fe en un médico que ha dedicado toda su vida al estudio de las dolencias humanas y a la manera de combatir las?

—¿Qué fe puede inspirarme quien una vez ha fallado en su pronóstico? ¿No aseguró que mi salud se restablecería tan luego como abandonase la capital y me trasladase a Texcoco? ¿Pues quién me asegura que mi marcha a Europa no tendría el mismo resultado? Aquí, mi enfermedad ha crecido en vez de disminuir, y se trata de volver a México, tan luego como la revolución termina, para disminuir mis dolencias; pero, ¿podrá verificarse lo mismo, si a dos mil leguas de distancia, mis males van en escala progresiva? No; entonces sería imposible reparar el errado cálculo del facultativo, y me vería condenada a expirar lejos de la dulce patria en que he nacido, y a mirar mi tumba abandonada por los seres que más amo en la tierra.

Don Emilio se enterneció con aquella triste consideración de la afligida expósito, y no supo qué contestar a su observación, que la encontró muy justa y lógica.

Sin embargo, aconsejado del intenso cariño que le consagraba, y tratando de no omitir nada que se le indicase podría contribuir al logro de su salud, se atrevió a decirle:

—¿Y si por casualidad, en ese viaje que rehusas emprender, estuviese realmente el término de tus dolencias físicas, no sería un crimen renunciar, por una simple duda que te asalta, al inapreciable bien con que te brinda?

—¡Padre mío, padre mío! ¡Yo le suplico a usted que desista de esa idea! ¡Mi presago corazón me anuncia que los

preparativos de ese viaje serían el prólogo de mi agonía, de mi próxima muerte!

Y el rostro de la afligida joven se cubrió de una palidez mortal, su pecho se oprimió como si hubiesen colocado sobre él una plancha de hierro, y una tos seca, producida por la fatiga de la conversación, hizo asomar a sus pálidos labios una gota de sangre.

Don Emilio se alarmó con aquella terrible prueba de los padecimientos de su hermosa protegida, y conoció que no debía continuar por entonces un asunto que tanto la afectaba.

—Hija mía —le dijo con paternal dulzura y estrechando entre sus manos una de la afligida joven—: tranquilízate: mi ánimo no es violentar tu voluntad; apreciaría sí, por lo mismo que te quiero, que te resolvieses a dar ese largo paseo que te he indicado, porque creo que en él recobrarías tu salud. Sería una prueba que me patentizaría una vez más mi deferencia y tu cariño hacia mí; pero de ninguna manera quiero que sospeches que trató de ejercer mando ninguno que pueda coartar tu libre voluntad. Medita, pues, mi proposición, que no es otra cosa que el eco de la opinión del entendido facultativo que te asiste; y si la crees justa, si te parece que ese viaje podrá dar el resultado favorable de que se lisonjea el doctor, haz un esfuerzo para emprenderlo en obsequio de tu apreciable salud, en la cual todos estamos interesados. Adiós, hija mía; te dejo para que medites tranquilamente sobre lo que más conveniente juzgues a tu bien. Mi deber era proponerte cuanto se me haga entender que puede contribuir a poner término a tus males; en tu mano está ahora admitir o desechar.

Y don Emilio, haciendo una dulce caricia a la inconsolable enferma, salió de la alcoba enviándole una mirada de paternal compasión y de celestial ternura.

La desdichada Clotilde, al verse sola, desahogó en copioso llanto la intensa pena que le oprimía el corazón, y que había contenido delante de su protector por no atormentarle.

—¡Me quieren arrancar del suelo en que habita el sol de mi existencia..., el hombre por quien vivo y a quien mataría mi partida! ¡No, jamás! Ven tú, tierna avecilla, que me recuerdas su amor y su constancia—añadió acariciando al lindo canario que le regaló el día que se ausentó de Texcoco, y que le tenía en una jaula próxima al sillón que ocupaba—. Ven tú, que me repites a todas horas en

tus sonoros trinos, en la agitación de tus preciosas alas, «que me ama y que me amará en la ausencia, y que tenga esperanza en su constancia y su fe...» Ven, y contempla las lágrimas que vierto por tu dueño..., por quien te envié a mis manos..., y si algún día el destino, compadecido de mis penas y las tuyas, realiza las bellísimas esperanzas que sostiene aún mi abatido espíritu, tú le dirás lo mucho que le amo...; la profunda tristeza que me mata...; la inquietud y la zozobra en que vivo desde el instante en que la revolución estalló en la capital..., lo presente que su imagen está en mi memoria..., que ni un instante me olvido de él...; que él es el objeto de todo mi amor, de todos mis afanes, el centro de atracción en que giran todas mis ideas, todos mis pensamientos, todas mis ilusiones, mi alma y mi vida...

Y el llanto del amor, ese dulce bálsamo del corazón que refresca las heridas del alma, corrió en abundancia por su angélico semblante, pálido, suave y apacible como el melancólico disco de la plateada luna.

Clotilde había caído en una languidez mortal desde el día en que sonó el cañón fratricida en la capital.

El peligro en que creía envuelta la vida de Leopoldo afectó su corazón enfermo.

Ausente de él; retirada en una población en que no daba un paso sin tener a su lado al inicuo Duval que la atormentaba a todas horas hablándole de su frenético amor, su salud, ya quebrantada, decayó de tal manera, que se encontró sin fuerzas para salir de su alcoba.

Allí, al lado de la bondadosa Inés, y entregada a la tristeza que la consumía, esperaba resignada el momento en que brillase el día de la justicia y de la inocencia de su amante.

Pero por pronto que este instante propicio viviese, ¿viviría para presenciarlo?

He aquí el pensamiento que le asaltaba con frecuencia, y que le hacía verter un raudal de lágrimas.

La infeliz conoció que su salud empeoraba visiblemente. Que cada día que pasaba era una hoja arrancada a la flor de la esperanza que el cierzo de la muerte sacudía.

Imposibilitada por su decaimiento y debilidad para salir, permanecía en su alcoba trayendo a la memoria la impresión terrible que había dejado en su ánimo la muerte del desgraciado a quien sacaron ahogado de la sima del pintoresco Molino de Flores, la noche del día en que ella, por primera vez, lo visitaba.

Cada vez que su imaginación se fijaba en aquel funesto suceso, se ponía pálida, sus delicados miembros temblaban, y el terror se retrataba en su semblante.

Don Emilio, instigado por el doctor, volvió otras veces, en distintos días, a tratar con Clotilde sobre lo conveniente que sería un viaje a Europa; pero viendo la resistencia de la joven, y temiendo hacerse odioso a sus ojos, manifestó a Willey que era inútil todo empeño, y no se volvió a hablar más del asunto.

Sin embargo, Clotilde temía que se insistiese más tarde en el proyecto de arrancarla del país en que existía para ella todo lo que hacía agradable su vida, el hombre cuya imagen estaba grabada en su corazón, y esto le inquietaba y destruía su salud.

Entretanto, el cañón retumbaba en las calles de México, sembrando la muerte y el espanto entre los hijos de un mismo suelo, que se entretenían en miserables rencillas domésticas, cuando el enemigo exterior arrojaba sus destructores proyectiles sobre la invicta Veracruz que, abandonada a los aislados esfuerzos de su heroica y corta guarnición, combatía contra el colosal poder de los Estados Unidos del Norte.

## CAPITULO VII

### La cantinera

Volvamos ahora al sitio a donde condujo el soldado a Rafael, y en donde le dejamos junto al helado cuerpo de la desgraciada mujer que no le había perdido de vista más que en los últimos momentos de aquella penosa y sangrienta campaña.

El ¡ay! pronunciado por la moribunda cantinera, fué arrancado por el dolor de la mortal herida que había recibido en el combate.

Al acercarse el soldado, estaba la infeliz con los ojos cerrados, y esto hizo que el valiente militar pronunciase una exclamación de espanto, creyéndola muerta.

Rafael, impulsado por un sentimiento de humanidad, y anhelando sobre el secreto que tenía que comunicarle y quién era, le quitó el pañuelo que cubría su rostro, y se quedó admirado.

¿Quién era esa mujer? preguntamos entonces; y el lector lo va a saber muy pronto.